

SERGIO MARCHI

SPINETTA

RUIDO DE MAGIA

BIOGRAFÍA OFICIAL



 **Planeta**

SERGIO MARCHI

SPINETTA

RUIDO DE MAGIA

BIOGRAFÍA OFICIAL

 Planeta

2

UN SOL DE ENERO

El aviso sonaba tan fantástico que todo el mundo dudó de su veracidad. ¿Es posible comprar una casa por un euro? La respuesta es que sí, pero antes existen algunos obstáculos a remover. No se trata de una oportunidad única, ni de una alucinación, sino de un remedio habitual que algunos municipios europeos han aplicado para combatir el abandono en pequeños pueblos en vías de extinción. Sobre todo en Italia donde al boom industrial que impulsó a los campesinos a las urbes, hubo que sumarle una enorme emigración que creó una legión de pueblos fantasmas.

En realidad, el euro que cuesta la casa que está a la venta en Carregaligure, es una figura simbólica. Lo que se compra es una ruina, y con ella el compromiso de restaurarla invirtiendo veinte mil euros más y respetando la arquitectura tradicional de la región del Piamonte. El municipio oficia de nexo entre los antiguos moradores, dueños legales del terreno que pagan cierto costo por mantenerlo bajo su dominio, y potenciales interesados. Con el irracional precio de un euro se busca tentar a jóvenes familias que deseen comenzar una nueva vida allí donde tantas otras partieron en busca de paraísos diferentes. Rodeado de verde, y bañado por un sol que no descansa, la localidad es hoy tan chica que termina antes de haber comenzado: está habitada por ochenta y cinco o noventa y siete pobladores, de acuerdo a quien haga la cuenta.

Carrega-Ligure se encuentra a aproximadamente cincuenta kilómetros de otro pueblo, Spinetta-Marengo, que el 14 de junio de 1800 fue testigo de una de las más importantes batallas de Napoleón. Estuvo a punto de ser derrotado y se salvó por la providencia.

“¡Vuelvan, por el amor de Dios!”, fue el mensaje desesperado que recibió el general Desaix, que en pocas horas acudió al pedido de auxilio del Emperador. Napoleón había salido a buscar al enemigo a tontas y a locas, dispersando así su ejército, que fue brutalmente embestido por los austríacos al mando del general Melas. Lo que era una derrota cantada pudo revertirse por el optimismo irreductible de Desaix y sus hombres al regresar. “Son las cinco de la tarde –informó–. Hemos perdido una batalla pero todavía no es tarde como para ganar otra”. El contraataque francés tomó de sorpresa a los austríacos y los despedazó. Desaix murió en batalla, Melas firmó el compromiso que retiraba a los austríacos de Italia y, acorde a su reputación, Napoleón se quedó con la victoria y el mérito. Nadie tiene un sueño sin laureles.



“Somos piamonteses”, clarificó una tarde en Arribeños Luis Santiago Spinetta cuando su hijo Gustavo, convencido de que los Spinetta eran del sur de Italia, le pidió el dato exacto de la procedencia de su familia. Luis Santiago tenía esa información, pero nada que la corroborase más allá del saber familiar transmitido a través de las generaciones.

Hay un documento que prueba que el primero de esos Spinetta en cruzar el océano desde el puerto de Génova rumbo a la República Argentina fue Julio Spinetta, dato ratificado por su nieto Luis Santiago. En la cédula expedida por la Policía de la Capital en 1916, consta que Julio Spinetta nació en el pueblo de Carrega, el 2 de mayo de 1846, y que sus padres fueron Santiago Spinetta y Ángela Rubina, o sea los tatarabuelos de Ana María, Luis Alberto y Carlos Gustavo. No se sabe cuándo Julio Spinetta emprendió el viaje ni por qué, pero es casi seguro que se embarcó en Génova, que era el puerto más importante, equidistante de Spinetta-Marengo y Carrega-Ligure, que parecen converger hacia él; si se traza una línea uniendo los tres puntos en Google Maps, el resultado será el de un triángulo. Invisible e irregular, por supuesto.

La piamontesa fue una de las corrientes migratorias italianas más importantes de la segunda mitad del siglo XIX. Es probable que Julio, que medía 1,72, sabía leer y escribir y declaraba ser carrero, haya sido uno de los tantísimos italianos seducidos por las posibilidades que otorgaba la pampa argentina; hacia el final de su vida conservaba el cabello canoso y su barba tupida. Prefirió evitar la pampa profunda y se quedó en Buenos Aires donde tuvo dos hijos con Celestina Sciuto: Juan y Santiago Spinetta, que tenía notables aptitudes artísticas. “Era muy buen dibujante –supo recordar su sobrino Luis Santiago– y hacía artesanías. Fabricaba faroles del Buenos Aires antiguo que se veían en las grandes mansiones; faroles de cinco, seis puntas, los hacía él manualmente”.

Juan Spinetta fue otro cantar y una nota muy disonante dentro del universo familiar de estos piamonteses. Se casó en secreto con Catalina Ana Costa Landi y tuvieron seis hijos: María Julia Rosa, Juan Celestino, Luis Santiago, Mario Emilio, Oscar Enrique y Jorge Atilio. A ellos se sumó una integrante más que no tenía lazos sanguíneos con los Spinetta y que nació casi al mismo tiempo que Oscar Enrique. La historia es absolutamente conmovedora. La madre de esa chiquita, que recibió el nombre de Regina María Hernández, estaba muy enferma de tuberculosis y tenía la certeza de que su vida no iba a ser muy prolongada. “Pobrecita, cita –le decía mientras la acariciaba durante las tardes interminables de su agonía–, pobrecita, cita”. Juan se enteró de la situación en la vecindad, le comentó su mujer ese drama desgarrador, y Catalina resolvió amamantarla a ella al mismo tiempo que a Oscar. “Mi abuela fue su madre con todas las letras –recuerda con emoción Ana Spinetta–, y para nosotros fue siempre la tía Cita”.

Nacido en Buenos Aires el 24 de febrero de 1884, Juan Spinetta no es muy bien recordado en su familia porque sus hijos casi no lo mencionaban y solo aparecía en los relatos de sus respectivas mujeres, que supieron distinguir a un hombre violento que superaba por mucho lo que podría haber sido un tano calentón. Frente a su obsesión por la prolijidad y la obediencia, solo había un racimo de hijos buenos que se hicieron solidarios entre ellos: resolvieron turnarse para recibir las fuertes palizas con las que Juan solía acomodarlos. Se sabía que cuando Juan comenzaba a gritar, contrariado por la realidad o por alguna mosca que se interponía en su camino, lo primero que volaba a la mierda era el

calentador Primus. Y después seguían ellos. Quizás eso explique que los cinco varones nunca hayan repetido esa conducta con sus propios hijos. Y menos que menos Luis Santiago que era uno de los más sensibles y artísticos de todos ellos, hombres buenos y altos.

“De ninguno de mis tíos tengo malos recuerdos –confirma Ana–. Eran gente buena, muy trabajadora. Nunca los vi violentos, no tomaban; una fiesta era una fiesta porque nadie enloquecía, todo era sano. Muy sano. Tal vez el más bohemio era mi tío Oscar, que era mi padrino, una excelente persona. Oscar era el burrero, soltero: no se casó nunca. Dicen que era mujeriego”.

Los Spinetta vivieron un tiempo en un conventillo de Recoleta, en la calle Rodríguez Peña al 1600, para que Juan residiera cerca de la familia para la cual trabajaba. Juan era chofer de librea, que es el uniforme que las familias de alta alcurnia hacían usar a sus sirvientes. Hiciera buen o mal tiempo, con sol, con lluvia, o con rayos, Juan llegaba siempre puntual e impecable a prestar servicio, esperando fuera del vehículo para abrir o cerrar sus puertas, atento al deseo de sus empleadores. En su documento, el oficio que figura es el de “chofer mecánico” y es probable que además de conducir se ocupara del mantenimiento del coche a su cargo. Es factible también que de ahí venga la fascinación de su nieto Luis Alberto Spinetta con los autos. Aunque la profesión de carrero declarada por Julio Spinetta, podría llegar a ser un antecedente aún más remoto –también más primitivo– en la pasión vehicular.

Con la expansión de la familia y la ciudad, los Spinetta se trasladaron a la frontera entre el barrio de Belgrano y Núñez, a la avenida Congreso 2033, donde hoy tiene su sede el Sindicato Obrero del Caucho, Anexos y Afines. El cambio de aire no pareció sentarle muy bien a Juan que atravesó allí su fase más violenta, sobre todo cuando veía alguna falta en el código de vestimenta utilizado por sus hijos. Era capaz de romperle la camisa a cualquiera de ellos por un botón faltante, o un desarreglo menor. “Ninguno de sus hijos habló bien de él –cuenta Ana Spinetta–, tenía un temperamento muy difícil. Ni Luis Alberto ni yo lo conocimos, y solo supimos de él porque por ahí mi mamá lo nombraba”.

La mujer de Juan Spinetta, Catalina Ana Costa Landi, poco y nada podía hacer para sustraerse al terror que conjuraba su marido en sus interminables ataques de cólera. Bastante tenía con sus propios miedos

que fue incubando en un sinfín de desgracias. “Ella nació en Recoleta –prosigue Ana–. Su mamá falleció. Unos dicen que se volvió loca, pero la verdad quedó en la nebulosa. Unos tíos la llevaron a Pazos Kanki para criarla, y terminó ella trabajando como criada. Incluso dormía fuera de la casa, en un cobertizo, y de ahí el pavor que le tenía a las tormentas”.

¿Habrá sido por ella que sus nietos también desarrollaron sus propios terrores? Luis Alberto ha recordado en varias oportunidades que de chico le temía a las tormentas, a las locomotoras –la estación de Núñez se encuentra a pocas cuadras de la casa de Arribeños– y a las grandes construcciones, como la imponente mole del estadio de River Plate, a pasos del hogar de su infancia. También se sobresaltaba con la explosión que hacían los *flashes* de magnesio, lo que explica que en muchas de sus fotos de infancia aparezca con cara de susto. “Hay una foto que circula por ahí de Luis abrazado a un bambi –clarifica Ana–, en esa foto está conmigo, el bambi era rojo. Antes, cuando te sacaban una foto con *flash*, había como una explosión, salía hasta humito y todo. Hay otras fotos de ese mismo día, y él sigue ahí con su bambi”.

¿Serán temores de esa índole lo que evoca la letra de “Domo tú”, un tema de *Pelusión Of Milk* en el que mezcla al niño asustado con el padre que calma la angustia de sus hijos? “Yo era muy miedosa –recuerda Ana–. Yo le tenía miedo a todo, los ruidos me espantaban, la gente me espantaba, ¡la música me espantaba! Era un ser insoportable, daba mucho trabajo para comer, era muy selectiva, no me gustaba nada. Recuerdo los terrores nocturnos de Luis, pero solo los tuvo de chiquito”. En realidad se trataba de pesadillas tan fuertes que hacían que Luis se despertara a los gritos, alborotando a toda la familia, sobre todo a Luis Santiago que se ponía de pie a las cuatro y media para ir a trabajar. Aparentemente, Julia solucionó el problema colocando unas hojitas de ruda bajo la almohada de su hijo, por recomendación de Olga Pisani, una vecina del barrio que sabía curar el empacho y el mal de ojo. Quizás esos saberes hicieron que Luis contara esa anécdota en algunos reportajes, pero la verdad es que la solución de esos terrores nocturnos vino por parte de un homeópata que recomendó taponarle la cabeza con algo negro cuando lo acometían los ataques.

Pazos Kanki es un paraje rural a 371 kilómetros de Buenos Aires, cerca de General Pinto, donde el tren solo paraba en forma facultativa, si alguien avisaba que quería apearse en ese páramo desolado donde las

tormentas no tenían filtro y cobraban forma de pesadilla. Un tremendo domo en el espacio.



–El papá de ella era de Navarra...
–¡No, de Pamplona! –frena Julia Ramírez a su marido.
–Tocaba muy bien la guitarra –prosigue Luis Santiago.
–Era músico profesional, mi papá –continúa Julia–. Tocaba piano, guitarra, sabía leer música.

Luis Santiago y Julia estaban en lo cierto aun en el disenso, ya que Pamplona es la capital de la provincia de Navarra, en el norte de España. Antolín Ramírez, el padre de Julia, es el que trajo la música a la familia de Luis Alberto Spinetta, antes que el tango hiciera su entrada triunfal. Su sonoro nombre fue inspirado por la festividad de San Antolín que se celebra el día de su nacimiento, el 2 de septiembre. “A Antolín le enseñaron música –aclara Ana Spinetta–, no porque tuviera la vocación: fue parte de sus estudios. Él venía de una familia acomodada. Sabía interpretar cualquier instrumento”. Ese abuelo materno de los Spinetta es de origen vasco-francés, y se cuenta que desde la casa en la que se crió se podían divisar los Pirineos. De manera que desde el sector paterno de ascendencia piemontesa, y por parte de madre con antepasados en el norte de España, Luis Alberto y sus hermanos tienen monte por todos lados. La montaña es la montaña.

Es altamente probable que el apellido de Antolín haya sido deformado por las autoridades argentinas que lo recibieron en el puerto de Buenos Aires, ya que existe una partida que acredita su nacimiento y los datos de sus padres, Bruna Grábalos y Manuel Ramírez, hijo de Eugenio Remírez. Equivocaciones al margen, Antolín Ramírez y María Amadora López se conocieron en Buenos Aires cuando ambos ya tenían sus historias a cuestas, y se casaron dos días antes de la muerte de Antolín, muchísimos años después.

María Amadora López, apodada Baba por Ana María porque “era chiquita y lo más parecido que me salía a abuela era Baba”, se casó con un tal Santos, muchos años antes de conocer a Antolín, en la iglesia

Inmaculada Concepción de Belgrano, también conocida por los porteños como “la redonda”. Tuvieron dos hijos, Ramiro y Sara, y la añoranza del terruño original los llevó a los cuatro a embarcarse rumbo a España con la idea del reencuentro familiar. La fatalidad dispuso que Santos muriera en altamar y al puerto solamente llegara María Amadora con sus dos hijos.

Su suegra fue implacable con ella: le cortó las trenzas, le sacó a los chicos y la mandó al campo a trabajar en condiciones casi esclavas. Tiempo después, María Amadora logró escapar y regresar a Buenos Aires sin sus hijos. Pero su instinto de madre la llevó a cruzar el océano una vez más para rescatarlos y al llegar supo que Sara había muerto a los dos años, y regresó solamente con Ramiro. Es imposible saber cómo María Amadora conoció a Antolín Ramírez, pero construyeron una familia en la que Ramiro, finalmente, tuvo un padre. Luego creció y se fue a vivir al interior, y es así como una rama de esa familia echó raíces en Tucumán, las que luego se extendieron hasta Formosa. En algún impreciso momento de la década del 50, los Spinetta hicieron un viaje familiar a Tucumán que coincidió con la celebración de los carnavales. Como no había disfraces a mano, cada uno de los chicos se improvisó el suyo y Luis Alberto con un short, un cuchillo de palo y su delgada osamenta se transformó en... Tarzán.

Al locutor que llevaba adelante las festividades desde el tinglado de la avenida San Martín le pareció muy singular ese Tarzán tan flaquito y lo invitó a subir al escenario para mostrar su temible estampa. Y volvió a suceder algo parecido a lo que aconteció con su padre en aquel viaje en trolebús: Luis agarró el micrófono y con total naturalidad brindó un show cantando y bailando enardecido el “Pity Pity” de Billy Caffaro, que todavía era un éxito abrumador en 1959. “Donde podía, cantaba” –razona hoy Ana, su hermana–. Lo aplaudieron hasta que no pudieron más. “Fue una ovación. Él cantó *a capella* con toda confianza. Era fanático de esa canción y la gente lo aplaudió muchísimo. Se horrorizaba cuando yo se lo recordaba” –le dijo a *La Gaceta de Tucumán* su prima Susana, hija del tío Ramiro.

“Ramiro siempre le dijo papá a Antolín –dice Ana–, y para morirse mi abuelo esperó a que él llegara de Tucumán. Dos días antes se casó con mi abuela; Antolín se había casado en España pero para entonces ya había enviudado y quiso casarse con mi abuela antes de morir, como un modo de ampararla”. Antolín y María Amadora tuvieron dos hijas;

una de ellas es María Angélica Ramírez, conocida como la tía Queca, y la otra fue Julia Ramírez, que se casó con Luis Santiago Spinetta el 9 de mayo de 1947, en la parroquia Santiago Apóstol del barrio de Núñez. Ana María conserva las boletas del alquiler del auto que usaron sus padres, el servicio de confitería, el menú que se degustó aquella noche y también la factura del hotel en el que descansaron cuando terminó el trajín de la noche de bodas. La luna de miel transcurrió en La Falda, Córdoba, que muchos años más tarde sería sede de uno de los grandes festivales del rock argentino, donde no solamente su hijo Luis Alberto tocaría en varias oportunidades, sino donde también debutaría el primer nieto, Dante, con su grupo Illya Kuryaki & The Valderramas, en febrero de 1992.

Julia y Luis Santiago se conocieron en el barrio, no mucho tiempo después de que los Spinetta se mudaran en masa a la casa de Arribeños 2853. Julia vivía a una cuadra, en 11 de septiembre 2832. El noviazgo fue largo porque cuando se conocieron Julia, nacida el 29 de septiembre de 1923, no había cumplido diecisiete años; Luis Santiago le llevaba cuatro –vino a este mundo el 19 de abril de 1919– y estaba comenzando a decidir su vida. Por un lado, era un hombre –en el despuntar de la década del 40, a los veintiún años ya se era un hombre–, responsable, respetuoso y cumplidor. Pero también hay que contemplar su costado artístico y el tiempo de esplendor del tango, que era la música que tallaba fuerte en el corazón de los hermanos Spinetta. Luis Santiago albergaba la fantasía de dedicarse al canto. Y tenía con qué.

“Mi viejo cantaba muy bien –cuenta Gustavo Spinetta–, y no es que lo diga yo: lo he leído porque le han hecho alguna nota. Tengo memoria de haber visto una revista donde figuraban un montón de retratos de artistas jóvenes, y en el epígrafe de la foto figuraba su nombre artístico: Carlos Omar. Mi vieja también cantaba; la música era permanente en la casa, la radio estaba prendida noche y día. Ella cantaba tangos, también alguna canción española, por su sangre. Eso lo tenía muy metido, pero cantaba de todo y afinaba muy bien. Además tengo el recuerdo de mi viejo cantando en el baño. Cuando se iba a duchar pelaba el vozarrón ese que tenía. Le gustaba mucho ‘Madame Iyonne’ era como una fijación para él. Le gustaba el repertorio de Carlos Gardel y Edmundo Rivero”.

Ana recuerda que bajo el seudónimo Carlos Omar, su padre llegó

a grabar un simple que fue editado con “Aquel tapado de armiño” en la cara A. Ni a ella ni a Gustavo les suena el otro seudónimo mencionado cuando se ha intentado rastrear la modesta trayectoria de Luis Santiago: Luis Soler o, más apropiado tratándose de un Spinetta, Luis Solar. Más luz arrojó Luis Alberto en algunos reportajes en los que fue consultado por sus primeras manifestaciones artísticas: “Como cantante, mi padre grabó varios discos de tango para un viejo sello llamado Pampa. Inclusive llegó a cantar por Radio El Mundo para la cadena de emisoras Suixtil-Ñaró³ de aquella época, hasta el momento en que decidió casarse y dejar la actividad artística para dedicarse de lleno a otras labores”.

Entre Julia y Luis Santiago existía mucho amor, pero también diferencias de temperamentos y hubo que limar asperezas y dejar algunos puntos en claro. Entre ellos, la cuestión del tango. A los siete años de estar de novios, Julia y Luis Santiago resolvieron casarse y fundar una familia. A partir de ahí, las perspectivas del cantor de tango cotizaron a la baja. “Mi vieja le puso un parate al tango –dilucida Ana–, pero eso fue muy al principio del matrimonio: o trabajabas y mantenías una casa, o te ibas a cantar todas las noches a una confitería del centro. Pero el tango vuelve a aparecer; cuando yo era chica una vez fuimos con mi mamá al centro a verlo cantar. Mi viejo trabajaba en Odeón Columbia, pero era delegado gremial y lo rajaron. Para ese entonces, lo del tango había pasado”. Solo quedó el recuerdo de ese disco de pasta con etiqueta color bordó, que Luis Santiago prestó y nunca recuperó.

Una vez casados, se fueron a vivir a Arribeños con la madre de Luis Santiago y algunos hermanos que todavía no habían abandonado el nido. Les asignaron una piecita a la que Luis Santiago le adosó una pequeña cocina que fabricó con sus propias manos. Era muy diminuta, pero compartían con los demás el resto de la superficie de Arribeños sin problemas. Algunos armaron sus propias familias y con el tiempo se mudaron. Luis Santiago, que ayudaba con el alquiler, terminó comprando la casa de Arribeños en 1955, y los últimos en irse fueron la abuela Catalina, Oscar y María Julia Rosa Spinetta, aproximadamente en 1962, cuando se mudaron a un inmueble en la calle Besares.

3. Ñaró era una cadena de negocios que, en un comienzo, vendía prendas masculinas. Aunque el término no era exacto, se le solía decir “sastrería”. Suixtil era una de las marcas principales de aquella histórica empresa.



Ana María Spinetta nació el 10 de marzo de 1948, a las 20.25 de la noche. No esperó el día, ni fue insomne aunque se declara absolutamente noctámbula. Más allá de que figure en su partida de nacimiento, Ana recuerda la hora en que llegó al mundo porque cuatro años más tarde, el 26 de julio de 1952, las radios repetirían a coro que “Eva Perón entró en la inmortalidad a las 20.25 de la noche”. Esa fue una jornada muy triste para muchísimas familias argentinas, entre ellas los Spinetta. “Mis viejos eran peronistas –confirma Ana–, me acuerdo de esos discursos interminables de Perón. Mis viejos lo escuchaban, y nosotros teníamos que callarnos. Recuerdo también la voz de Evita, y cómo lloraron cuando murió. Pero en casa, de política, se hablaba poco y nada. No había muchas discusiones”.

Luis Alberto Spinetta fue puntual para nacer y para morir: hizo ambas cosas a la misma hora, a las 16.20. Llegó con premio: su hermana asegura haber visto una bendición papal para su hermano emitida por el venerable Pío XII, el Sumo Pontífice a cargo el 23 de enero de 1950. “Nadie sabe de dónde salió, mi mamá se la llegó a dar, pero nunca llegó a saber de dónde vino. Figuraba el nombre de mi hermano, la fecha y había llegado en un sobre lacrado firmado por el Papa. Mi mamá tuvo eso durante años y en algún momento se lo dio a Luis. No sé qué hizo con ese documento”.

Arribeños siempre fue una casa llena de gente, de ruidos, de movimiento, y de música. Más allá de la radio de la cocina, una RCA Víctor modelo catedral –también se le dice capilla o capillita– que la abuela Catalina acomodaba con dos golpes cuando fallaba, las melodías también entraban al hogar a través de una victrola⁴ abastecida no solo por Luis Santiago, sino además por sus hermanos María Julia Rosa (más conocida como Yaya) y Mario que también trabajaban en Odeón Columbia, y traían al hogar todos los lanzamientos discográficos. Cuando Luis Santiago fue despedido del sello, consiguió trabajo en los laboratorios Squibb como supervisor. Años después, la industria

4. Se le decía victrola a un aparato reproductor de discos, que llegó antes del tocadiscos moderno. Pero en realidad, Victrola es una marca que logró imponerse como genérico. La fabricaba la firma Victor Talking Machine, que en 1929 fue adquirida por RCA, y de allí también sale la conjunción RCA-Victor, ya como sello discográfico.

farmacéutica tendría a otro Spinetta entre sus filas: Jorge Atilio, hermano menor de Luis Santiago, trabajó en los laboratorios Andrómaco.

Ana y Luis Alberto fueron descubriendo la magia de la victrola los sábados, cuando la tía Yaya no trabajaba y se dedicaba a encerar el piso de la casa. Todo era como un gran preparativo para un show, más que una mecánica tarea de limpieza, porque Yaya arrancaba despejando el piso de objetos y muebles que se interpusieran en su camino, y terminaba instalando un par de sillitas sobre una mesa que funcionaban como una suerte de platea para Ana y Luis Alberto, que disfrutaban de la encerada como si fuera una función privada. “Ponía vales en la victrola y bailaba con la escoba –rememora Ana–; daba vueltas y nosotros desde arriba de la mesa la arengábamos y la aplaudíamos. Claro, era para que no la jodiéramos, pero había una producción mínima: por ahí ponía un tango, se enrollaba una ropa o una toalla por la cabeza y nosotros delirábamos. Yo tendría cinco años y Luis tres”.

Al final, la letra de “Ana no duerme” se había ajustado bastante a la realidad. “Jugábamos con nada –resume Ana–, y con Luis jugábamos a todo. Cuando los Reyes me trajeron un juego de cacerolitas jugábamos a la mamá y al papá; a veces él era mi marido, y otras era mi hijo. Luis siempre fue un loco por los autos, y nuestro primer auto fue el sillón del living. Siempre había muchos preparativos porque Luis me explicaba cómo era el auto, que era supersónico y que hacía de todo, hasta creo que volaba. Lo que está pasando ahora, nosotros lo tuvimos mucho antes porque Luis se lo imaginaba todo. Ya teníamos un teléfono inalámbrico, en el que podías ver a la persona con la que hablabas. El que manejaba era él; agarraba un broche, que era su encendedor y prendía un cigarrillo imaginario, pero más que el pucho lo que a él le gustaba era el gesto del encendido que hacía con el broche. Yo me ponía una toalla, me la agarraba con otro broche y esa era mi pollera ajustada que completaba con una boina negra de mi abuela. A veces le sacaba a la Yaya un lápiz labial de una caja con un montón de maquillaje que no usaba, y ya estábamos listos para jugar”.

En aquel entonces, Arribeños tenía un patio interno no demasiado grande, pero que servía perfectamente para que Ana y Luis se entretuvieran jugando al fútbol sin romper ninguno de los vidrios que estaban al alcance del balón. Cuando llovía, jugaban al dinenti, juego también conocido como payana, en el que hay que ir recogiendo cinco piedritas del suelo, mientras una de ellas se arroja al aire.

En su temprana infancia, Luis Alberto ya daba muestras de una inventiva infatigable que tenía en Ana al cómplice perfecto. Entre ellos había un entendimiento y un código que parecía telepático.

–¡Abuela! – gritaban a coro Ana y Luis.

–¿Qué quieren, chicos? –preguntaba Catalina.

–¿Nomebedjedusbudauká? –ululaban en una coreografía vocal largamente ensayada.

–¿Queeeeeeé?

–Si... ¿nomebedjedusbudauká? –repetían conteniendo un poco la respiración para no estallar de risa.

–¿Queeeé?

Y tomaban aire, se miraban de reojo como si marcaran cuatro mentalmente y repetían al unísono:

–Si nos das plata para comprar dos chicles Bazooka.

–Aaaah, ¿eso era? Sí, chicos, tomen.

“¡Éramos terribles! Lo inventábamos Luis y yo, adrede, lo planeábamos. El chicle no nos faltaba jamás. Si se lo pedíamos directo decía que no, que mañana, que no tenía plata. Pero la volvíamos loca con esa cantata”. Aquí aparece algo que va a ser una constante en Luis: la planificación era tanto o más importante que la ejecución del hecho. Parecía gustarle más la invención, el urdir una travesura o una canción o un disco, que el resultado final, con el que también era muy riguroso. El deleite mayor de Luis Alberto parecía residir en la proyección, en el armado de una idea que bien podía ser una pavada, una locura o una obra de arte con esa cabeza febril de acuariano incansable.

Y había otra cosa más: la complicidad. A Luis le gustaba la con-fabulación sin malicia; no pretendía el liderazgo aunque fuera un líder natural. Lo que sucedía, al menos en el vínculo con su hermana, el que tal vez intentó repetir con otros de distinta manera, es que su cabeza tejía tramas tan delirantes y tan abiertas que permitían tanto la camaradería como la oposición: todo era alimento para la creación. “Jugábamos mucho a que teníamos un taller. Un taller, no me preguntes de qué. Entonces en ese juego yo era un varón, uno era Farulo y el otro Rulo y

nos alternábamos. Cada uno elegía. Teníamos ese taller y venía siempre a jorobarnos una clienta que llamábamos Doña Cata –Cata era el nombre de su abuela–, que siempre buscaba cosas imposibles para que le hagamos los arreglos. No había objetos”. No mucho después, los objetos se comenzaron a fabricar.

“Luis jugaba con soldaditos de plomo –continúa Ana–, tenía regimientos enteros. Y un día en que mi mamá se había ido a dormir la siesta, se nos ocurrió –pero no lo hicimos– fundir un par de esos soldaditos en una olla para después volcar el plomo a otro molde y hacer otra cosa. Siempre creando”. Es poco probable –aunque no imposible–, que haya un correlato entre esa no concretada fundición de soldaditos y la estatuilla de plástico que venía inserta en la caja del CD de *San Cristóforo*, un álbum en vivo de Spinetta y Los Socios Del Desierto. Tal vez tiene más asidero como vínculo directo la emisión monetaria que Luis Alberto perpetró en la gráfica de su disco *Silver Sorgo* –en un tiempo en que las provincias argentinas emitían bonos con nombres como Lecop, Quebracho, Patacón, Tucu 1–, con aquella otra que concibieron con Ana una tarde de aburrimiento. “Nos hacíamos dinero con papel de diario; cortábamos papeles y jugábamos a comprar y vender, pero siempre con nada. Era a imaginación pura: era a cabeza. Crecimos muy pegados”.

La conversación entre ellos era casi una transmisión de pensamientos, pero con el crecimiento intelectual de ambos las cosas tomaron un cariz más complejo. “¡Hacíamos debates! Luis era pro-yanqui y yo tenía que ser de Rusia; él siempre era Estados Unidos y yo Nikita Kruschev. No sabíamos nada, pero podíamos estar dos horas discutiendo”. La llegada de las bicicletas, oportunamente provistas por otros Reyes Magos, fue el vehículo real que naturalmente hizo que Ana y Luis comenzaran a salir a la calle, y eso los llevó inevitablemente a socializar con los otros chicos del barrio con quienes inventaron nuevos juegos.

Aunque catastralmente vivían en Núñez, esa parte de la ciudad en donde viven aún hoy los Spinetta era conocida como el Bajo Belgrano. Era otro país, era otro mundo; el exterior era agitado, pero más amable en sus formas y modales. La puerta de Arribeños y las de sus vecinos solían estar abiertas; los chicos jugaban por la tarde en la calle, y a la nochecita regresaban a sus hogares. La fisonomía de la ciudad, sobre todo en aquella zona, era bien diferente. “Belgrano no era un barrio fino, al contrario: bien pobre era en esa época –graficaba Luis Alberto–. Ahora es

medio *bananex*. Por lo menos en lo que a mí respecta, mi familia era muy humilde; se confunde que fuéramos de Belgrano como que hubiéramos sido de Barrio Norte y no sé por qué. A dos cuadras de mi casa estaba la curtiembre de Sagzola, con un olor a podrido que te la encargo. Por supuesto, Arribeños era el camino de los carros de basura porque a cuatro cuadras de mi casa estaba el desembarcadero de basura”.

Dos de los compañeros de Luis en Almendra, Emilio y Rodolfo, comparten esa sensación de sospecha de portación de alcurnia, que algunos autores antojadizos han arrojado sin sustento al caldero del debate de los orígenes de Almendra. “Nosotros éramos pibes de barrio –precisa Del Guercio–, pero quedó en la gente que éramos conchetos porque éramos de Belgrano”. “Eso es porque lo asocian al Belgrano de hoy –aclara Rodolfo– y aun así esa zona hoy no es concheta. En aquella época estaba lleno de fábricas y nosotros sabíamos la hora por las sirenas que marcaban los turnos. El barrio vivía de las fábricas, la gente vivía y laburaba ahí. A la vuelta de lo de Luis había una fábrica de motores eléctricos llamada Marelli. Donde hoy está el Instituto Fleni, en la calle Montañeses, había un edificio de cuatro pisos que era una fábrica de frazadas: Campomar. A la vuelta de mi casa, sobre 11 de septiembre, estaba Flamex; también a la vuelta pero sobre Monroe estaba Silca, que fabricaba sedas, y enfrente los laboratorios Pfizer. Y en la esquina de la casa donde yo vivía, hoy está el Showcase, pero cuando fui a vivir ahí había una fábrica de sombreros llamada Dominoni. Luego pasó a ser la tintorería industrial Müller, de capitales alemanes”.

“En Müller –completa Gustavo Spinetta–, tiraban como un vapor ácido por las tintas que usaban para teñir y curar las telas: plantaban árboles casi todos los días y no prosperaba ni uno. ¡Imaginate lo que nos haría a nosotros! Era casi un barrio orillero”.